

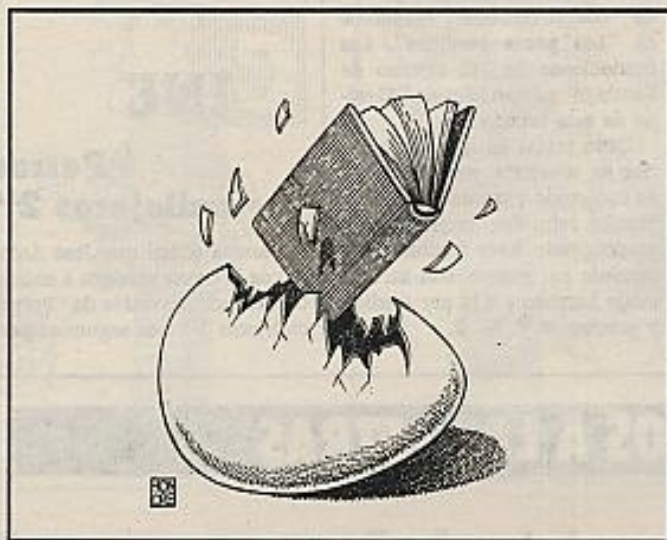
peligrosa. Y en esa idea, Paz no oculta la primera dimensión del intelectual en el ámbito hispánico: "Pero antes de emprender la crítica de nuestras sociedades, de su historia y de su presente, los escritores hispanoamericanos debemos empezar por nosotros mismos. Lo primero es curarse de la intoxicación de las ideologías simplistas y simplificadoras". He ahí la heterodoxia. ■ J. J. ARMAS MARCELO.

Sin hijos, el caos

No estamos acostumbrados a libros de derechas escritos desde actitudes racionalistas. Pierre Chaunu escribió en 1975 una de esas raras obras (1); Chaunu era conocido entre nosotros por sus trabajos en "Sevilla y el Atlántico", y no pocos lectores le tenían por pensador marxista. Nada más lejos de lo cierto: Chaunu es historiador militante en la causa que une la herencia de la tradición judeo-cristiana, de la Reforma, de las Luces.

"El rechazo de la vida" pretende contrarrestar la actual conciencia de que la superpoblación mundial nos arrastra a la catástrofe y de que, en consecuencia, hay que ir al crecimiento cero en todos los órdenes —incluso en el demográfico—, a fin de no sucumbir. Chaunu elabora un compacto discurso en el que se parte de la convicción de que nuestro tiempo, al "consumir" presente a cada instante, ha perdido la memoria del pasado, ha roto con la herencia. Chaunu centra su acento en el mundo blanco de origen europeo, pues le parece que lo que aquí ocurra, dando el inmenso poder de esta minoría humana, se transmitirá al resto de las sociedades. Así, viene a decir, si nosotros hemos roto con un pasado que nos ha llevado al punto más perfeccionado de la Historia humana, si abominamos de las únicas instituciones aún en pie y con posibilidades de transformación (el Estado-nación y la familia), si no queremos saber nada sobre ningún mensaje de eternidad y trascendencia, entonces es lógico

(1) "El rechazo de la vida", de Pierre Chaunu. Espasa-Calpe. Colección Boreal, 1978.



que, como ya pasase con imperios como el romano, se produzca un fatal rechazo de contaminar la especie.

Los datos que aporta Chaunu serán polémicos para especialistas que estén de acuerdo con la hipótesis opuesta, la del Club de Roma, preconizador del "crecimiento cero"; según Chaunu, sintomáticamente, en ambas Alemanias nacen ya tan pocos niños como entre los indios americanos cuando su extinción se preparó. Para el autor, el plazo llegaría hasta 1985-1990: a partir de ahí, no habría remedio, estaríamos condenados a ir desapareciendo, en unas sociedades habitadas por viejos y donde los escasos jóvenes no tendrían posibilidad de llevar a cabo una eficaz "reprogramación" de la herencia. Chaunu, por otra parte, ve que el Tercer Mundo (que además no puede, dice, ser considerado ni mucho menos como bloque compacto) de momento crece demográficamente, pero es por inercia, puesto que a la vuelta de la esquina le acecha ya la imitación de nuestro "rechazo de la vida", y encima en unas sociedades sin defensas tecnológicas.

Por tanto, Chaunu es claro en sus propuestas: crecimiento armónico de la población blanca de origen europeo, motivación social en "un gran proyecto", rechazo del aborto como crimen, vuelta al ascetismo que provocó el gran estirón económico desde 1945 a la década de los sesenta, recuperación de las materias primas sin caer en retrógrados rou-

sonianismos ecologistas... Al poner sobre el tapete sus fobias y amores (es de imaginar que para él Marx ya es el Gulag "in nuce" y que Solzhenitsyn es un "milagro") es cuando el libro se le debilita; pero, en cuanto a que es obra bien pertrechada de racionalismo, constituye un buen desafío científico para la izquierda, que sin duda también se ha contagiado de la superficialidad segregada por la televisión al encarar problemas como los demográficos. Para Chaunu, no es que la crisis de población proceda de la crisis económica, sino que el "rechazo de la vida" no puede sino generar falta de salidas para la estructura total de una sociedad; toda reactivación será efímera si antes no se ha impregnado de un sentido positivo hacia la natalidad.

El libro, naturalmente, está escrito, en general, con tecnicismos, pero aquí hay que decir, lamentablemente, una palabra sobre la traducción, a cargo de Juan del Agua. En pocas ocasiones hemos asistido como lectores a tal cúmulo de galicismos, de oscuridades en la expresión: a veces, literalmente, no se entiende gramaticalmente lo que vemos impreso; lo de menos es ya el "es por esto que" o el "continuar a ver": lo peor es cuando párrafos enteros pueden leerse en sintaxis francesa. Una obra tan polémica necesitaba toda la claridad del mundo y no verse cribada además por tantos picotazos de erratas. ■ MIGUEL BAYON.

Los cuentos de Alejo Carpentier

Alejo Carpentier sería un gran escritor aunque sólo hubiese escrito los siete cuentos que forman el volumen de "Cuentos completos", ahora editados en Bruguera (1).

De cualquiera de los siete podría afirmarse que, más desarrollado, sería una gran novela. Pero acaso eso fuera un entendimiento cuantitativo de la literatura, un medirla al peso como si estuviera formada por sandías (hay ocasiones en que está hecha por melones). Valle-Inclán, por ejemplo, alargó algunos de sus relatos cortos y los convirtió en novelas. Hay un libro ("Flores de almendro", editado creo recordar que por Bergua) donde las "Sonatas" figuran en germen y bajo otras advocaciones: "La Niña Chola", uno de los cuentos que allí están, es el embrión de "Sonata de Verano".



Alejo Carpentier.

En estos cuentos, Carpentier alcanza "las formas superiores de la emoción estética", que consisten —según su propia defini-

(1) Alejo Carpentier: "Cuentos completos". Bruguera, Colección Libro Amigo. 1.502/646. 222 páginas. 125 pesetas. (El volumen comprende: "El camino de Santiago", 56 páginas; "Viaje a la semilla", 32; "Semejante a la noche", 20; "Los furtivos", 24; "Los advertidos", 22; "Oficio de timbales", 20, y "El derecho de asilo", 38 páginas.)

ción en "Los pasos perdidos"— "en un supremo entendimiento de lo creado"... El buceo en los orígenes de "Viaje a la semilla"; la desnudez prodigiosa de "Los fugitivos"; la sencillez y la ironía de "El derecho de asilo", etcétera, son un extraordinario entendimiento del mundo y de la Naturaleza. En otros cuentos columbramos obras de mayor envergadura del autor. El tema del diluvio universal, motivo central

de "Los advertidos", reaparece en "Los pasos perdidos". Las fundaciones de "El camino de Santiago" no van lejos de "El reino de este mundo".

Cada relato es igual al anterior en maestría, pero diferente en contenido y tratamiento. Carpentier, sin dar impresión de proponérselo, hace exhibición de dominio del género, con un lenguaje barroco y a la par medido y preciso. ■ V. M. R.

CINE

"Perros callejeros 2"

Parecía difícil que José Antonio de la Loma volviera a encontrar el tono narrativo de "Perros callejeros 1". Las segundas par-

tes, se dice, nunca fueron buenas, y ésta tenía, además, el tufillo del oportunismo, la facilidad de querer repetir un éxito comercial. "Perros callejeros 1" había supuesto una sorpresa en el cine español de la derecha y, desde luego, en la filmografía de su autor. Lejos de aquellas huecas y brillantes películas de acción, De la Loma había descubierto la posibilidad de conectar realmente con el problema de la delincuencia juvenil al haber confiado la interpretación de los principales personajes a sus auténticos protagonistas. Eran primordialmente ellos quienes situaban la película en su contexto real y quienes superaban los intentos moralistas del autor.

Es esta segunda parte, si bien ya la sorpresa es menor y la capacidad de reflejo menos intensa. De la Loma ha eludido sus viejas intenciones morales y ha seguido más de cerca las peripecias de los personajes. Tanto es así, que sorprende cómo en alguna parte de la película—sobre todo la primera media hora— la realización es torpe cuando De la Loma era de los más brillantes realizadores de nuestro cine. Pero que el documento puede sobre el estereotipo y el lenguaje debe cambiar radicalmente.

"Perros callejeros 2" es más amarga que la primera. Aquellos jóvenes delincuentes que vivían sus aventuras con un cierto aire de cine americano han crecido ya lo suficiente como para enten-

"Perros callejeros 2", de José Antonio de la Loma.



ADIOS A LAS LETRAS

Sin novedad en La Barraca

Juré que jamás volvería a leer a Blasco Ibáñez porque jamás contó de verdad su autobiografía.

Uno jura y es perjuro siempre, porque sabe que aquella afirmación en la que más pasión pone es la que menos pies de hierro posee. Por eso volví a leer a Vicente Blasco Ibáñez.

Si el Premio Nobel de Literatura se le pudiera dar a un rostro, aunque éste sea antiguo, cansado o señorial, ese galardón debía haber sido para Vicente Blasco Ibáñez, que hizo de su cara un fresco español, un epigrama valenciano, una especie de espejo del Mediterráneo.

Ahora nos están dando en la televisión la lata con don Vicente. En una escapada que he hecho a Madrid, me he acercado de vez en cuando por el televisor de mi hermana Paula, ese ser que comparto con Gila en un piso remoto de un barrio anejo a Madrid. Me gusta el color. De los colores que da la televisión, el que prefiero es el verde, porque es el que me ofrece mayores posibilidades de concentración. Los demás salen difuminados: en el verde, la televisión —Pal o Secam, yo de eso no entiendo— da en el clavo. Y en la obra de Blasco Ibáñez que nos ofrece la televisión el único verde que no destaca es el de las venas de Batiste —Alvaro de Luna— cuando se encrespa ante la insolencia del vecindario.

O sea, que ha habido que volver a Blasco Ibáñez para descubrir los distintos colores del verde y para sentirse ese regusto amargo de la cursilería patria. Mientras Pimentó trataba de cargarse a Batiste, el héroe amargo de la novela, en el País Valenciano de ahora, trataban de cargarse a los alcaldes autonomistas, porque allí todavía los distintos colores del azul no se han difuminado del todo. El maestro de La Barraca era un iluso: creía que Descartes, Platón y Shakespeare iban a influir en el futuro, tanto como para variar esos pigmentos de la realidad cotidiana de nuestro país.

El revival de televisión ha servido para muchas cosas. Entre otras, para hacer olvidar a Sancho Gracia, aquel personaje fatuo de Curro Jiménez, un actor que dejó de ser él mismo para convertir-

se en su personaje, y de esta guisa andaba repartiendo mandobles en la pantalla y en la calle, cruzando, esponjoso y orondo, la Gran Vía de Madrid. Alvaro de Luna era en aquella historia un tercero, el que comía bocadillos en segundo plano, viendo cómo el héroe se las llevaba de calle —a la vida, a las mujeres, a las fortunas.



Con Blasco Ibáñez, Alvaro de Luna ha vuelto su rostro al primer plano y nos ha dejado que lo miremos, rodeado de verde y colorado como un buen pimentón de la huerta. Representa la dignidad inquebrantable de un personaje acosado. Al fin y al cabo, como El Algarrobo, pero menos favorecido por la fortuna y por la comida.

La reposición nacional de La Barraca ha servido para que nos demos cuenta de todos estos detalles marginales. También ha servido, y ese es su mérito más dramático, para que notemos que no hay novedad en la barraca; seguimos quemando los trigales, mantenemos la pistola al hombro, perseguimos los amores de Tonet, despreciamos la huerta de los demás, como si el hambre ajena no fuera hambre también.

Ah, Blasco Ibáñez, cuánto hemos sufrido en tu nombre estos benditos últimos días ■ SILVESTRE CODAC.